

Miguel Hernández

## Llamo a la juventud

### Poema original:

Los quince y los dieciocho,  
los dieciocho y los veinte...  
Me voy a cumplir los años  
al fuego que me requiere,  
y si resuena mi hora  
antes de los doce meses,  
los cumpliré bajo tierra.  
Yo trato que de mí queden  
una memoria de sol  
y un sonido de valiente.

Si cada boca de España,  
de su juventud, pusiese  
estas palabras, mordiéndolas,  
en lo mejor de sus dientes:  
si la juventud de España,  
de un impulso solo y verde,  
alzara su gallardía,  
sus músculos extendiese  
contra los desenfrenados  
que apropiarse España quieren,  
sería el mar arrojando  
a la arena muda siempre  
varios caballos de estiércol  
de sus pueblos transparentes,  
con un brazo inacabable  
de perpetua espuma fuerte.

Si el Cid volviera a clavar  
aquellos huesos que aún hieren  
el polvo y el pensamiento,  
aquel cerro de su frente,  
aquel trueno de su alma  
y aquella espada indeleble,  
sin rival, sobre su sombra  
de entrelazados laureles:  
al mirar lo que de España

los alemanes pretenden,  
los italianos procuran,  
los moros, los portugueses,  
que han grabado en nuestro cielo  
constelaciones crueles  
de crímenes empapados  
en una sangre inocente,  
subiera en su airado potro  
y en su cólera celeste  
a derribar trimotores  
como quien derriba mieses.

Bajo una zarpa de lluvia,  
y un racimo de relente,  
y un ejército de sol,  
campan los cuerpos rebeldes  
de los españoles dignos  
que al yugo no se someten,  
y la claridad los sigue,  
y los robles los refieren.  
Entre graves camilleros  
hay heridos que se mueren  
con el rostro rodeado  
de tan diáfanos ponientes,  
que son auroras sembradas  
alrededor de sus sienes.  
Parecen plata dormida  
y oro en reposo parecen.

Llegaron a las trincheras  
y dijeron firmemente:  
¡Aquí echaremos raíces  
antes que nadie nos eche!  
Y la muerte se sintió  
orgullosa de tenerles.

Pero en los negros rincones,  
en los más negros, se tienden  
a llorar por los caídos  
madres que les dieron leche,  
hermanas que los lavaron,  
novias que han sido de nieve  
y que se han vuelto de luto  
y que se han vuelto de fiebre;  
desconcertadas viudas,  
desparramadas mujeres,

cartas y fotografías  
que los expresan fielmente,  
donde los ojos se rompen  
de tanto ver y no verles,  
de tanta lágrima muda,  
de tanta hermosura ausente.

Juventud solar de España:  
que pase el tiempo y se quede  
con un murmullo de huesos  
heroicos en su corriente.  
Echa tus huesos al campo,  
echar las fuerzas que tienes  
a las cordilleras foscas  
y al olivo del aceite.  
Reluce por los collados,  
y apaga la mala gente,  
y atrévete con el plomo,  
y el hombro y la pierna extiende.

Sangre que no se desborda,  
juventud que no se atreve,  
ni es sangre, ni es juventud,  
ni relucen, ni florecen.  
Cuerpos que nacen vencidos,  
vencidos y grises mueren:  
vienen con la edad de un siglo,  
y son viejos cuando vienen.

La juventud siempre empuja  
la juventud siempre vence,  
y la salvación de España  
de su juventud depende.

La muerte junto al fusil,  
antes que se nos destierre,  
antes que se nos escupa,  
antes que se nos afrente  
y antes que entre las cenizas  
que de nuestro pueblo queden,  
arrastrados sin remedio  
griremos amargamente:  
¡Ay España de mi vida,  
ay España de mi muerte!

